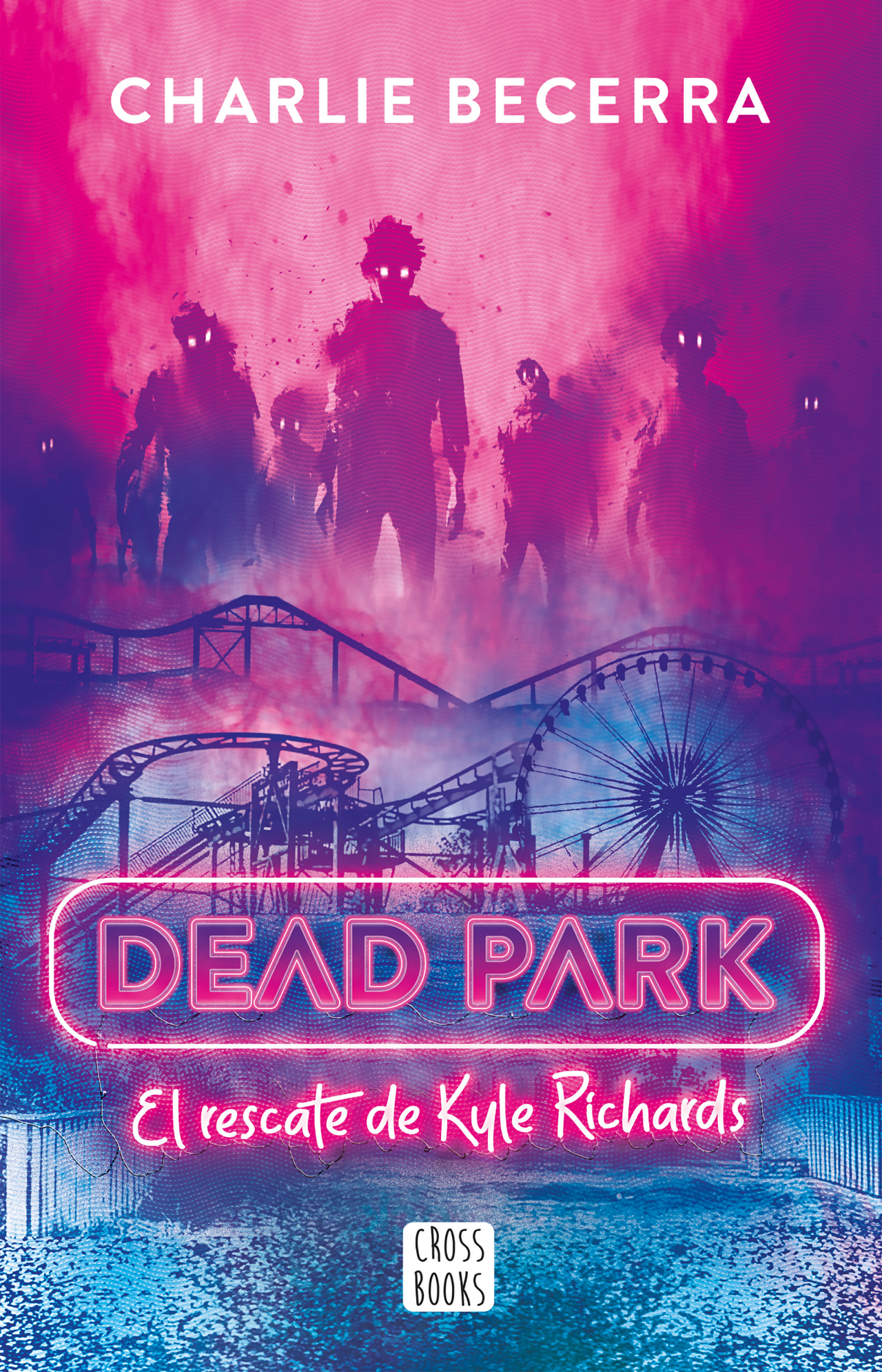


CHARLIE BECERRA



DEAD PARK

El rescate de Kyle Richards

CROSS
BOOKS

DEAD PARK

El rescate de Kyle Richards

CHARLIE BECERRA

DEAD PARK

El rescate de Kyle Richards



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 216 y siguientes del Código Penal).

Dead Park. El rescate del Kyle Richards

© 2022, Charlie Becerra

Corrección de estilo: Jorge Giraldo

Diseño de cubierta: Departamento de Arte y Diseño de Editorial Planeta Perú

Diseño de interiores: Susana Tejada López

Ilustración de interiores: Rocío Araki @rocio.fugit

Fotografía de autor: Fernando Arancibia

© 2022, Editorial Planeta Perú S. A.

Av. Juan de Aliaga N.º 425, of. 704, Magdalena del Mar

Lima, Perú

www.planetadelibros.com.pe

Bajo su sello CrossBooks

Primera edición: octubre 2022

Tiraje: 2000 ejemplares

ISBN: 978-612-4414-19-0

Depósito Legal N.º 2022-07912

Impreso en Gráfica Esbelia Quijano S.R.L.

Jr. Recuay N.º 255, Urb. Chacra Colorada, Breña

Lima-Perú, octubre 2022

Para Fe, que amaría un lugar como este

NIEVE

CIUDAD

BARRACA
SUBTERRÁNEA

CENTRO DE
CONTROL PRINCIPAL

INTELIGENCIA

ÁREA PARA
EMPLEADOS

GESTIÓN DE
PRODUCTO

ATRACCIONES

PARQUE
ACUÁTICO

FOOD
COURT

TIENDAS

SPA

OPORTUNIDADES
DE BIENESTAR

DEAD

DEAD



BARRACA
SUBTERRÁNEA

GALERÍAS

GIMNASIO



FOOD COURT



DEAD
A TRIBE

TIENDAS

CINEMA-

RECEPCIÓN

PARK 



LA BIENVENIDA



Danna

Danna ve al monstruo y se detiene. La criatura se acerca hacia ella con los brazos extendidos y un apetito caníbal.

—No... —alcanza a murmurar antes de perder el aliento.

Es un ser salido directamente de una pesadilla: la carne colgando en jirones de sus brazos, la mandíbula desencajada, sin una pierna y los cabellos de un marrón grisáceo en evidente estado de putrefacción.

Danna se aferra a su bolso deportivo, su respiración se acelera. Siente cómo un grito asciende rápidamente desde el fondo de su garganta.

Intenta retroceder, pero choca contra algo.

No tiene escapatoria.

El monstruo sigue avanzando hacia ella. Salta sobre un pie de cuya pantorrilla emerge un hueso astillado y amarillento. Se encuentra apenas a un metro de distancia cuando su mandíbula de dientes torcidos se abre y, en medio de una salva de gruñidos y gemidos animales, exclama:

—¡Bienvenidos a Dead Park! —Levanta los brazos, agitando las tiras de carne de hule que cuelgan de ellos—. ¡La experiencia zombi espera por ustedes!

—Señorita... Disculpe, ¿podría...?

—¿Qué? ¡Oh! —Danna reacciona y retira su zapatilla de la sandalia del hombre que viene tras ella—. ¡Lo siento! Yo...

—Descuide —responde el hombre, cuyo cabello cano, vientre abultado, camiseta Lacoste a rayas y maleta de cuero lo hacen ver como un abuelo joven—. Lucen bastante más reales de lo que uno se imagina, ¿verdad? —añade, y señala al zombi falso que ahora entrega paletas de helado con forma de orejas, lenguas y pies al grupo de visitantes recién llegado.

—Sí, muy convincentes —responde Danna, aún con la vergüenza quemándole en las mejillas.

—Seguro nos preparan para cuando nos toque ver a los de verdad —dice el hombre con una sonrisa. Su expresión cambia al segundo siguiente. Ya no luce tan afable, más bien preocupado—: ¿Está segura de que quiere entrar, señorita? Quizá este tipo de aventura no sea la adecuada para usted.

Danna Heinz no podría estar más de acuerdo: es una de las últimas personas que desearía estar en un lugar como ese, pero no es algo que esté dispuesta a admitir en voz alta, de modo que se obliga a reponerse, regalarle una sonrisa lo más auténtica posible a aquel hombre gentil y seguir adelante.

—No, no se preocupe —responde—. La verdad estoy muy ansiosa de ver lo que hay aquí. Solo... venía algo distraída.

El hombre también sonrío y vuelve a ser el de antes.

—Excelente.

—¿Todo bien, cariño? —La mujer se ha acercado sin que Danna lo haya notado: lleva un bolso de mano y unas canas que hacen juego con las de su esposo. Es hábil, pero la forma en la que mira a Danna de pies a cabeza —tomándose unos segundos extra para ponderar su cabellera pelirroja— no pasa del todo desapercibida.

—Claro que sí, todo en orden. Te estaba esperando.

—Pues aquí estoy.

—Andando entonces —dice el hombre y luego, devolviendo su atención a Danna, agrega—: Quizá nos veamos luego.

—Seguro —responde ella—. Y, una vez más, disculpe por haberlo pisado.

—Olvidalo, linda —dice el hombre—. De todas formas, aquí parece haber repuestos para todo. —Toma una paleta con forma de pie y se la lleva a la boca. Luego, se la intercambia a su mujer por su bolso de mano.

Danna oye al hombre carcajearse al tiempo que se pierde entre los demás visitantes. La multitud atraviesa el arco de la entrada y pasa por debajo de las gigantescas manos muertas que coronan ambos lados de la estructura, camino del *check-in*.

Danna busca una ventanilla disponible, pero no la encuentra. Decide formarse en una fila en la que solo hay cinco o seis personas por delante.

El lugar es impresionante. Solo el área de registro debe ser más grande que un coliseo de instituto promedio. Desde los altos, cuelgan imágenes de zombis en distintos climas y latitudes: selva, ciudad, desierto, nieve.

Es una locura.

Danna recuerda el momento exacto en que empezó todo. Una noche de finales de marzo, hace poco más de dos años. No es extraño: la gran mayoría de personas no podría olvidar jamás el día en que apareció la noticia de la existencia de los zombis.

En un principio todo era muy confuso: una inmensa cantidad de teorías corrían por las redes y medios de comunicación a una velocidad electrizante. Con los días, fueron prevaleciendo las más acertadas y lo que Danna pudo sacar en claro fue que Naciones Unidas había hecho una incursión en la jungla con el fin de contactar una tribu de la que corría un escalofriante

rumor: decapitaban y cercenaban los miembros de aquellos integrantes que estaban a punto de morir. Era aberrante e inhumano. Sin embargo, lo que los investigadores del equipo no se habían molestado en comprobar era la razón por la que lo hacían.

—Era necesario. De otra forma, una vez muertos, los nativos volvían a levantarse y empezaban a atacar a los demás —había explicado uno de los directores de la misión durante una entrevista en CNN. El tipo, con la vergüenza quemándole en las orejas, apenas si podía mirar directo a los ojos del entrevistador. Fue destituido del cargo horas después.

Cuando la comitiva hizo una segunda incursión y quiso impedir que decapitaran a un niño víctima de una severa infección, pero que aún luchaba por su vida, la tribu se levantó en armas. Los soldados que iban en la misión repelieron el ataque sin problemas.

O eso fue lo que creyeron.

Los nativos que habían sido alcanzados por las balas se levantaron y saltaron sobre los soldados. Mordieron a dos de ellos y el horror se desató sobre el mundo.

Danna recuerda haber visto un video tomado por la cámara personal de uno de los soldados. A pesar de que la imagen estaba borrosa, aquella fue la primera que el mundo tuvo de los zombis: un cuerpo perforado en distintas partes, sin un pedazo del cráneo, alzándose sobre el lente con la boca abierta y los dientes ávidos de sangre humana.

El estupor fue como el apocalipsis: suicidios, saqueos y las iglesias llenas de personas que milagrosamente habían recuperado su fe.

Pero tampoco aquello duró demasiado. Cuando entendieron qué estaba pasando, los soldados restantes sacaron la artillería pesada: balas de calibre 50 que segaron cuerpos y árboles por igual. Y el ataque quedó contenido.

Lo que vino después fue incluso más sorprendente. O retorcido.

Terminada la masacre, se llevaron los cuerpos para ser examinados. A los científicos asignados por el Gobierno les tomó pocas semanas lograr encapsular el virus que hacía que los nativos volvieran a la vida. Cualquiera habría pensado que lo que cabría hacer entonces sería desaparecerlo para que no causara más daño. Pero no: el hallazgo fue rápidamente reconvertido en un insumo para el entretenimiento de las masas.

—Vaya, ahora Zack Snyder los va a usar en una de sus películas —le había mencionado Kyle un día mientras desayunaban en el apartamento de Danna, cuando cada cual leía la prensa en sus teléfonos. Pasaban de las once de la mañana: habían tenido otra de esas noches que les había quedado corta para toda la pasión que tenían el uno para con el otro. Una de las últimas antes de que Kyle cayera enfermo.

—¿De qué hablas? —le preguntó Danna, sentada frente a él y extendiendo sus pies para ponerlos sobre sus rodillas.

—Zombis de verdad. La Secretaría de Salud y el Departamento de Seguridad Nacional parecen haberle dado luz verde para utilizarlos en su próxima película. ¿Puedes creerlo?

—Eso no me lo esperaba.

—Hakoda, un profesor de sociología, dice que en Japón ya los tienen de mascotas. Es muy caro, pero hay quienes se lo pueden permitir. Les tiñen el cabello y los modifican a su gusto. Es un asco. Me da la impresión de que no saben con qué están jugando.

En un principio, las protestas no se hicieron esperar: gran cantidad de colectivos se elevaron en favor de los derechos humanos. Sin embargo, otros tantos, conformados por activistas más jóvenes, salieron a responderles. Argumentaban que

aquello era bueno para los zombis. También eso era un tipo de «inclusión», y con ello el tema quedó bastante zanjado.

Cuando salió a la luz la noticia del Parque, ya no fue una sorpresa para nadie, aunque el entusiasmo fue mucho mayor que cuando se supo que los zombis participarían en películas. Erika fue una de las primeras en comprar un *ticket*: una excentricidad que le había costado varios miles de dólares. Y ahora, había vuelto para contar lo maravilloso que había sido que el mundo utilizara a los no-muertos como sus juguetes nuevos.

—Es como Jurassic Park, pero, en lugar de dinosaurios, hay zombis. El de nieve es el primer nivel. Para principiantes, digamos —le dijo Erika hace casi un mes, cuando la invitó a almorzar en el club—. No es obligatorio que pases por allí, pero, en mi caso, obviamente, preferí hacerlo. Digo, tú me conoces, nunca he disparado un arma ni he sido buena en gimnasia. Es más, ¿recuerdas aquel examen de rendimiento físico que nos practicamos el semestre pasado y yo...?

De seguro, el relato de Erika merecía una oyente cuyo entusiasmo fuera a la par con el suyo.

Danna no quería ser descortés con su amiga, pero por aquellos días no podía pensar en otra cosa que no fuera el estado de salud de Kyle: la única enfermera dentro del hospital que conversaba con ella le había comentado que, en vista de que el tratamiento no estaba resultando, pensaban inducirlo al coma.

Para Danna no fue necesario hacerle ninguna pregunta adicional. El rostro de Andrea y la forma en la que le dio la noticia fueron suficientes. El pronóstico inicial se estaba cumpliendo: Kyle Richards no iba a conseguir levantarse de aquella cama de hospital.

Esa noche había sido la peor hasta ese momento. Danna había vuelto a su apartamento con la firme intención de

destrozar todo cuanto tuviera al alcance, pero no cumplió su cometido. Cuando levantó el primer adorno de la repisa de la sala —una artesanía hecha de conchas marinas— recordó el comentario que había hecho Kyle sobre ella, al decir que se parecía a algo que había visto en un puerto durante un viaje por el Mediterráneo.

Entonces se dio cuenta de que cada cosa en el lugar contenía un recuerdo y, por ende, una parte de él.

Danna devolvió el adorno a su lugar y se dejó caer junto al sofá. Lloró hasta oír las primeras gotas de la lluvia matutina que solía caer durante aquella época del año.

—Siguiente, por favor.

Una vez más, una voz ajena a la de su interior trae a Danna de vuelta a la realidad.

—Sí, gracias —responde Danna, acercándose a la ventanilla y a la simpática señorita que tiene frente a ella y que, gracias al cielo, no va disfrazada. Eso sí, su uniforme consta de una elegante blusa que parece salpicada de sangre fresca.

—Buen día, bienvenida a Dead Park. Mi nombre es Kate —saluda la recepcionista—. ¿Me permite su documento de identidad, por favor?

—Claro.

Danna pone la identificación sobre el mostrador y da inicio al ejercicio mental de contar números impares hacia atrás, empezando en noventa y nueve.

Lo ha ensayado antes, apenas llegó a Branson, Missouri, donde se ubica el Parque, durante el día que ha pasado hospedada en un motel cercano. Al parecer, el truco de los números funciona: distrae su mente de modo que no puede concentrarse en el riesgo de ser descubierta.

—¿Laura Martin? —pregunta la recepcionista.

—Sí —responde Danna, que no ha llegado más allá del ochenta y tres.

—Bien. Llene este formulario mientras ubico su habitación.

Danna tacha de su lista mental el cambio de identidad. Espera no tener que hacerse pasar otra vez por una tal Laura Martin, contadora de profesión y amante de la cultura francesa, y con la que lo único que comparte es el color rojo del cabello.

Cristal tenía razón. Su contacto es un verdadero profesional de la falsificación.

—Leo es un genio —le había asegurado por teléfono la misma noche que Danna había salido del Doble D con el pasaporte, la licencia de conducir y la identificación que Leo le había entregado. Aunque claro, en ese momento, Danna aún seguía perturbada con lo que le había tocado ver en la planta superior del salón de apuestas—. Lo único que no debes hacer es ponerte nerviosa y echarlo todo a perder, ¿comprendes?

Y, aun así, mientras rellena el formulario con datos que no son los suyos, Danna sabe que aquella no ha sido la parte difícil.

El carrito de golf la lleva a través de la inmensa explanada donde se encuentran ubicados los restaurantes, tiendas y atracciones secundarias. Le llama especialmente la atención una montaña rusa cuyos rieles hacen las veces de las tripas extendidas de un zombi gigantesco. El botones que conduce el carrito le va indicando el nombre y función de cada cosa que ven. Mientras recorren el tramo que los separa del complejo hotelero donde se encuentra su habitación, Danna percibe la ansiedad y la emoción que bullen en el ambiente.

Es electrizante.

Ahora vuelve a preguntarse si sería capaz de intentar disfrutarlo de no ser por la operación que debe llevar a cabo.

«Tal vez», piensa.

—¿Cuántas personas hay aquí por día? —pregunta Danna. El botones meneaba la cabeza.

—El complejo hotelero tiene mil doscientas habitaciones y, desde la inauguración, su ocupación no ha bajado del noventa y ocho por ciento. Si ponemos un promedio de dos personas por habitación, podríamos estar hablando de aproximadamente...

—Dos mil trescientas cincuenta y dos personas —se adelanta Danna. El cálculo mental es una de esas fortalezas que nunca le han servido demasiado en la vida.

—Sí, claro, exacto —responde el botones, que se ha quedado a la mitad de la operación. Frena el carrito para dar paso a un grupo de personas en traje de baño y sigue hablando—. Eso sin contar las excursiones y visitas de un solo día: hay quienes prefieren quedarse cerca de aquí. La oferta de hospedaje fuera del Parque no está nada mal. Branson ya era un lugar con una buena oferta de diversión, pero con la inauguración del Parque es como si toda la ciudad hubiera consumido esteroides —dice, y sus ojos aparecen en el espejo retrovisor. Su mirada chisporrotea como la de un niño en Navidad.

Danna lo sabe, pero se decidió por un motel que no llamara demasiado la atención. Un lugar más bien anónimo, sin cámaras ni otros implementos de seguridad. Cuando no ha estado en su habitación del motel ensayando hacerse pasar por otra persona —una que sí tenía reserva en el Parque—, se ha tomado el trabajo de inspeccionar los alrededores, intentando hacerse una mejor idea del espacio: en qué sentido va el tránsito y si hay algún retén de policía que pudiera causarle problemas. Además, era necesario que pasara las noches dentro del complejo. De esa forma, podría aprovechar ese tiempo para mapear el lugar, determinar dónde está cada cosa y cuál es el lugar ideal para ponerse en acción. Aún más importante, dilucidar la ruta de escape más conveniente.

Y tomarla cuando llegue el momento.

—Usted es la primera —dice el botones.

—¿La primera de qué? —pregunta Danna, automáticamente en guardia.

—La primera persona que veo llegar sola. No tiene nada de malo —se apresura a agregar—, usted es perfectamente libre de venir de la forma que quiera. Es solo que... Digo...

—Sí, entiendo —responde Danna, volviendo a adoptar su papel de turista despreocupada—. Tenía planeado venir con una amiga, pero tuvo un problema con su novio. Al parecer, se volvió a encontrar con un chico con el que salía hace una eternidad y, bueno, como es normal, siempre quedan algunos sentimientos. La boda es en menos de un mes, pero dos días antes de venir, mi amiga y su ex quedaron para un par de cervezas, una cosa llevó a la otra y...

Los ojos en el retrovisor vuelven a chisporrotear, pero esta vez por saber más de la superficial y picante historia que Danna se aplica a contar con lujo de detalles.

Una vez más, Cristal ha dado en el clavo.

—Sea lo que sea que cuentes, debe tener cuernos. Si lo haces con un poco de convicción, lo único que se le quedará en la cabeza a quienes te oigan es tu ridícula historia de infidelidad y no el hecho de que vayas sola por tu cuenta. No queremos que sea eso lo que llame la atención de la gente a tu alrededor, ¿me sigues?

Danna recuerda a la perfección las conversaciones que tuvo con ella en la sala de visitas de la prisión de Rikers, la convicción en cada una de las palabras de Cristal Menes. Era como si pudiera ver el futuro y saber qué era exactamente lo que podría o no ocurrir durante el viaje al parque.

Ahora Danna sabe qué era lo que hacía tan especial a Cristal para la gente con la que solía andar. Su mente era un

artefacto excepcional para cualquiera que quisiera cometer un atraco o planificar un secuestro. No habrían podido elegir un alias más acertado para ella, piensa.

O más grotesco.

Los sujetos con los que fue capturada la llamaban Sesos.

Desde el momento en que Danna decidió lo que haría, supo que no había otra persona en el mundo además de Cristal que pudiera ayudarla con el plan.

También sabía que no había otra persona en el mundo que tuviera más motivos para negarle su ayuda que su antigua compañera de instituto.

La última vez que la había visto, ambas cursaban el penúltimo año. Hacía ya dos semanas que Cristal no iba a clases por estar metida en aquello que, para entonces, ya había dejado de ser meras travesuras de adolescente.

Regina, la madre de Cristal, había llamado a Danna para pedirle que viniera a ver a su hija: la acababan de dejar ir de la comisaría hacía menos de una hora y ya se encontraba en su habitación alistando algunas pocas pertenencias antes de marcharse de casa.

—Por favor, Danna, ya le he dicho que no me importa que repita nuevamente el curso. Puedo buscarle otra escuela, la que quiera, solo... Intenta hablar con ella —le dijo su madre, aferrada a su teléfono fuera de la habitación de Cristal.

Danna ni siquiera se molestó en comentarle que ya había tenido *ese* tipo de charla antes con ella y que lo único que había conseguido había sido terminar discutiendo. Con un par de insultos de por medio.

Aun así, decidió acudir al llamado de aquella mujer que solo había tenido atenciones amables para con ella.

Llegó a la casa de Cristal y fue directo a la segunda planta.

Tocó la puerta.

—Soy yo, Danna —dijo al ver que no había respuesta.

En ese momento, el ruido de cajones y pisadas se detuvo dentro de la habitación.

Cristal abrió la puerta tan rápido que generó una corriente de viento que alborotó los cabellos rojos de Danna.

—¿Qué diablos quieres?

—Solo hablar —respondió Danna, intentando no fijarse en las tiritas adhesivas que mantenían cerrada la herida por encima de la ceja izquierda de su amiga.

Cristal mantuvo la posición por unos segundos más antes de dejarla entrar.

Siguió con lo suyo como si Danna no estuviera.

—Tu madre me pidió que viniera —dijo a modo de explicación—. Está... desesperada.

Cristal soltó una risa sarcástica.

—Está desesperada —repitió—. Esa idiota nació desesperada.

Solía ser gracioso cuando Cristal se expresaba en esos términos de algún compañero o profesor de la escuela. Sin embargo, oírla hablar así de su propia madre hizo que el estómago de Danna se revolviera: definitivamente ya no era la misma chica con la que había compartido los mejores años de su adolescencia.

—Ella no tiene la culpa de nada. Tu madre solo...

Cristal dejó por un segundo de arrojar ropa dentro de su maleta.

Miró a Danna como si el insulto lo hubiera dicho ella.

—¿No tiene la culpa de nada? ¿Tú qué mierda sabes? No sabes ni la mitad de las cosas que han ocurrido en este lugar desde que era niña.

—Cristal, de eso hace ya mucho tiempo y sí, no sé todo lo que te tocó pasar porque básicamente nunca has querido

contármelo todo, pero también me doy cuenta de que ella solo quiere lo mejor para ti.

—¿Ah sí? ¿Y por qué no se puso a pensar que lo mejor para mí era no tener que encontrarla en la cama con un hombre diferente cada vez que volvía de la escuela mientras papá se mataba trabajando por ella? ¿Eh? ¿Qué tan difícil pudo haber sido eso? Y ahora qué quiere, ¿decirme con quién debo andar o no? ¿Lo que «me conviene» o no? Vamos, no es más que una...

Los ojos de su amiga ahora lucían empañados: las lágrimas mantenían una posición imposible para no rodar por sus mejillas.

—Entiendo que lo de tu padre aún te duela, Cristal —respondió Danna. Se acercó a ella con la intención de ponerle una mano en el hombro—. Lo sé, pero lo que haces no va a...

—¿Lo sabes? ¿Tú sabes lo que es que tu padre tuviera que irse con el alma en pedazos de tu casa? ¿Tú, señorita perfección? —Cristal escupió sus siguientes palabras con el resto de la furia contenida que llevaba—: Tú no sabes un carajo, pues, si mal no recuerdo, hace mucho que tu jodido padre está bajo tierra, donde solo sirve para alimentar generaciones tras generaciones de gusanos.

La mano de Danna cruzó el rostro de Cristal con la velocidad y la fuerza de un rayo.

La bofetada fue tal que Cristal, media cabeza más alta que Danna y de una contextura mucho más sólida, trastabilló hasta quedar sentada junto a su maleta.

Danna vio con terror cómo la herida que Cristal llevaba a un lado de la frente volvía a abrirse y a manar sangre.

Ni siquiera hizo falta que ninguna de las dos dijera nada más. Danna salió corriendo de la casa, con el miedo y la tristeza pisándole los talones.

No volvió a ver a Cristal sino cuatro años después, cuando fue a visitarla en la prisión donde estaba recluida.

El botones —quien se ha presentado como Roberto— deja el equipaje a un lado antes de pedirle a Danna que pase el brazalete que hay en su muñeca por delante del sensor y darle la bienvenida a su habitación. Es la 148-B.

—La limpieza se realiza entre las nueve de la mañana y las cinco de la tarde. Si tiene algún inconveniente o instrucción específica para ello, puede comunicarse con recepción. El frigobar se vuelve a llenar en ese momento, recuerde que su contenido no es acumulable, así que...

Mientras Roberto sigue repitiendo el discurso aprendido de memoria, Danna inspecciona el lugar. Es una habitación cómoda y bastante completa. Abre la mampara y se asoma a la terraza. Tal como esperaba, da a un jardín rodeado de arbustos que le llegan hasta la cintura. Aquella será su salida y entrada durante las noches.

Ahora, ya solo le toca verificar si el sensor contra incendios no oculta nada más que lo que se espera de él.

—Ahí es donde la gran mayoría de malnacidos esconde las cámaras. Si saben que vas sola quizá alguien quiera espiarte mientras duermes o te bañas.

—¿Estás segura? Digo, es un lugar bastante nuevo y...

Cristal se había inclinado sobre su asiento para poder bajar aún más el volumen de su voz y que los guardias que merodeaban el salón de visitas no pudieran oírlo:

—Solo hazlo, ¿quieres? Lo que estás a punto de hacer es bastante más arriesgado de lo que crees. No se trata de robar dinero o alguna joya o cualquier otra cosa que puedas guardar bajo la ropa, ¿sí? De modo que es mejor que te acostumbres a tomar precauciones extra, ¿bien? Ya te dije que podemos

hablar durante un par de minutos todos los días, pero es un riesgo enorme si alguien puede escucharnos. No me quedan muchos años aquí adentro y no quiero arriesgarme a que me dupliquen la pena, cabeza de zanahoria.

Aquella había sido la primera vez en que la había vuelto a llamar así desde que años atrás la relación entre ambas se rompiera.

Danna le sonrió.

Tuvo que reprimir las ganas de abrazar a Cristal y agradecerle por lo que estaba haciendo por ella.

—Lo que tú digas... Sesos —fue todo cuanto dijo.

—¿Algo más en lo que pueda ayudarla? —pregunta el botones, tomándose las manos por la espalda.

—Todo bien por ahora, gracias —responde Danna. Saca un billete de su bolsillo y se lo extiende.

—Oh no, señorita. Gracias, pero no, el placer ha sido mío —dice Roberto, inclinando la cabeza—. Además, es política del Parque.

Danna se toma unos segundos para observarlo. Parece un buen tipo, servicial, atento, pero sigue las reglas.

Roberto se despide y Danna lo descarta de inmediato.

No es el tipo de persona que Cristal le ha indicado.

—¿Por qué tengo que buscar a nadie? —preguntó Danna cuando la mujer vestida de naranja le dijo lo que debía buscar en la persona a elegir— ¿No es mejor si solo yo sé del asunto?

—Por supuesto que es mucho mejor, pero no tenemos planos del lugar, tampoco conocemos los protocolos de seguridad, los horarios para la entrada de proveedores y demás movimientos en el interior, y eso es justo lo que necesitas para poder planear tus siguientes pasos una vez que estés adentro.

—Espera: estás diciendo que necesito un...

—Sí, cariño, lo que necesitas es un cómplice.